

Fernando Chamorro Garcés

**DIMENSION CULTURAL DEL  
DESARROLLO**

sesión del XXI aniversario del  
IOA, 14 de agosto de 1987

He aceptado intervenir en este acto con singular beneplácito pues, aparte de la cordial amistad que me une a quienes dirigen esta institución y sus especialistas, estoy convencido de la importancia que brindan los organismos culturales como el Instituto Otavaleño de Antropología, para el desarrollo de los pueblos.

Es por ello que me propongo formular algunas consideraciones sobre un tema cuya trascendencia es fundamental para la vida de toda comunidad. Se trata de la dimensión cultural del desarrollo que constituye, sin lugar a dudas, uno

los problemas cruciales de nuestra época y debe ser materia de profunda meditación de todos quienes están comprometidos en la tarea de orientar y dirigir los destinos de nuestro país.

Previamente, entonces, convendría partir de lo que es la cultura. Actualmente se trata de definir a la cultura en un sentido más amplio, es decir, como el resultado de todo lo que una sociedad ha creado con el correr del tiempo y como el elemento vital de todo lo que continúa creando, tanto en el plano material como en el ámbito del intelecto. Este conjunto de creaciones del pasado del presente va conformando una sensibilidad propia, canaliza la imaginación colectiva de los miembros de una comunidad y determina su manera de ser y de percibir las cosas.

La cultura es, en consecuencia, la esencia misma del destino de un pueblo.

Este concepto nos lleva a descartar el plano aquella identificación de la cultura con la erudición o el refinamiento de unos pocos aristócratas de nacimiento, fortuna o espíritu. Como lo señalaba el filósofo francés Rene Maheu, la cultura es un asunto de todo el mundo, y el más esencial, pues es el que nos da nuestras razones de vivir y, a veces, de morir.

La cultura tiene entonces su soporte principal en el pasado pero se alimenta con la propia vitalidad del presente.

Recibe inevitablemente ciertos aportes externos, pero lo hace con criterio de selección para proseguir así su interminable cadena de asimilación y creación. Esto transforma el concepto tradicional de cultura, la misma que deja de ser simplemente un adorno para convertirse en parte integral de la vida de toda sociedad.

### El desarrollo.

Un segundo concepto que debe ser analizado es el de desarrollo.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, se impone la idea de desarrollo vinculada a la de progreso y bienestar de todas las poblaciones. Esta idea constituye una de las fuerzas que generan la creación del sistema de las Naciones Unidas que se propone, a través de diversos Organismos, no solamente preservar la paz y la seguridad internacional sino, al mismo tiempo, garantizar el bienestar general de la humanidad.

No obstante, la noción de desarrollo en este primer momento se reduce esencialmente al de expansión cuantitativa, cada vez más estrictamente material, de las riquezas de una sociedad, es decir, al crecimiento de las fuerzas económicas. Todas las actividades de desarrollo se concibieron esencialmente en función de tal imperativo. Desde ese momento, el desarrollo y la cultura, que debían estar estrechamente ligados, se

hallaron cada vez más desunidos e incluso separados.

Nadie discute ahora que esa concepción del desarrollo muestra una serie de imperfecciones y de límites que obligan a buscar nuevas vías para enfrentarlo.

Se ha demostrado hasta la saciedad que dar un énfasis desmesurado a la economía, la producción o la técnica en desmedro de las verdaderas necesidades del hombre y de la sociedad, constituye un error.

El desarrollo tiene como núcleo central el HOMBRE. Ese hombre que siente, que reflexiona, que se cuestiona, que sufre, que ama y que, por sobre todo, respeta y defiende un cúmulo de valores que constituyen la cultura de su pueblo.

Por consiguiente, los factores socio-culturales deberán ser reconocidos como elemento determinante y como resultado último de toda acción de desarrollo.

En la mayoría de sociedades llamadas "tradicionales" la cultura y las actividades de la producción se encontraron tan íntimamente ligadas que resultaba prácticamente imposible disociarlas.

La visión global del hombre como parte del universo e íntimamente vinculado con la naturaleza, y la evidencia de

su función en el seno de la comunidad, hizo que las actividades intelectuales y del espíritu constituyan, junto con el esfuerzo productivo, aspectos complementarios de una misma búsqueda.

Era la época en la que los medios de producción y de creatividad se afirmaban o se transformaban con el correr de los siglos, buscando la armonía con el medio ambiente y los fenómenos naturales, en unidad vital con la religión, la mitología, las costumbres. Era la época en donde la iniciativa individual era parte integrante de la gran aventura colectiva.

Este equilibrio fue roto cuando surgió la división del sistema productivo con el sistema de valores culturales. La sociedad industrial acentúa la autonomía de las decisiones políticas con respecto a las normas comunitarias, éticas y estéticas, desvinculando las actividades espirituales de las materiales.

Al reducirse progresivamente las relaciones interpersonales este sistema contribuye a que se borren las especificidades, que se homogenicen las normas, que se exacerbén las relaciones sociales y que los seres y las cosas pasen a constituir unidades abstractas, simples datos susceptibles de ser contados, adicionados o manipulados.

Por otra parte, gracias a los progre-

Los científicos, la sociedad industrial ha permitido que el hombre ejerza sobre la naturaleza un poder que no deja de incrementarse. Uno de esos ejemplos es la red de comunicación gracias a la cual prácticamente todos los pueblos del planeta se hallan actualmente vinculados de alguna forma.

Pero, dicha vinculación reduce a los más a la condición de meros receptores de ideas, maneras de ser y de actuar, imágenes y sonidos, esto es, receptores de formas culturales diferentes.

La superioridad de unos pocos países frente a la mayoría se expresa en términos materiales, técnicos, militares y permite establecer una suerte de jerarquización de los valores culturales, una escala de civilizaciones, que pretende señalar un camino único hacia el progreso que el resto del mundo estaría fatalmente condenado a recorrer. Así se plantea un modelo único de desarrollo al cual deben adaptarse todos los países.

#### El desarrollo endógeno .

Frente a este planteamiento, surge el concepto del desarrollo endógeno que tiene como base la cultura de cada pueblo, como finalidad su propio proyecto de civilización y como núcleo central el hombre en sí mismo.

Esto no significa que pueda haber desarrollo sin recurrir a la ciencia y la tecnología, sin considerar las variables y limitaciones de las leyes económicas y sin sujetarse a la riqueza o las limitaciones del medio ambiente.

Simple y llanamente plantea que el verdadero desarrollo, a más de estos elementos, debe asumir o por lo menos respetar la cultura de los pueblos.

Cada vez un mayor número de personas pertenecientes a países como el nuestro van tomando conciencia más clara del valor de su riqueza cultural y defienden ardorosamente el respeto de su identidad, frente al etnocentrismo y la arrogancia de otros pueblos.

En síntesis, una sociedad debe comenzar siendo ella misma para emprender su proceso de desarrollo, pues solo puede desarrollarse aquello que existe como una entidad tangible, como una realidad cultural.

Así se comprenderá mejor el rol que debe desempeñar la cultura para el desarrollo de los pueblos, cuando ésta se propone un doble objetivo: producir bienes suficientes para satisfacer las necesidades de la población y tomar, con criterio reflexivo, todo aquello que la civilización tiene para adaptarlo a cada proyecto de sociedad.

El desarrollo constituye, en consecuencia, un fenómeno integral que afecta a todo el cuerpo social. No se trata, como lo señala Francois Perroux, de alimentar a los hombres como animales, de educar a los seres humanos como a eternos niños, de liberar a los hombres del mañana triturando a los hombres de hoy en la mecánica de un plan. Se trata, mediante un esfuerzo colectivo, de poner a los hombres en condición de alimentarse, de formarse conscientemente y de operar su propia liberación sin violencias.

Así el hombre volverá a colocarse en el centro del proceso de desarrollo, como sujeto libre, responsable y creador de su propio destino.

Esta nueva concepción del desarrollo no es válida solamente para los países del llamado tercer mundo, pues tanto ellos como el mundo industrializado buscan la manera de evitar la desintegración de ciertos valores fundamentales, de reabsorber el desempleo, de prevenir la delincuencia y el abuso de estupefacientes y, sobre todo, de ofrecer a los jóvenes expectativas que sean dignas de su esperanza.

En esa perspectiva debe analizarse la importancia del trabajo que realiza el Instituto Otavaleño de Antropología, cuyos veintiún años de experiencia le han permitido desarrollar múltiples proyectos de investigación que refuerzan

esa búsqueda de los elementos que conduzcan a nuestro país hacia la identificación de sus valores más trascendentales.

Creado como un centro regional de investigaciones, el IOA ha desarrollado una actividad que va más allá de la provincia de Imbabura. Gracias a su acción se han rescatado y valorizado el patrimonio cultural en los campos de la arqueología, la etnomusicología, la literatura oral, la historia y la artesanía. Especialistas de talla internacional participaron en sus programas y contribuyeron junto con técnicos nacionales al logro de sus objetivos, mediante estudios y trabajos ejecutados bajo la inspiración de este centro de estudios.

Prueba de ello son las diversas publicaciones efectuadas por el Instituto y que, en algunos casos, constituyen la única fuente de referencia sobre ciertos temas.

Por otra parte, el Instituto Otavaleño de Antropología ha recibido numerosos becarios del exterior quienes realizan trabajos de investigación bajo la orientación de sus especialistas. A este respecto, conviene señalar que una de las pocas instituciones nacionales que consta en el anuario de la UNESCO para estudios en el extranjero es cabalmente el IOA.

Este reconocimiento no es gratui-

o. Es el fruto de la seriedad con la que se han sabido acometer todos los trabajos que aquí se ejecutan.

Dentro de los esfuerzos significativos realizados por el IOA, en su empeño por descubrir y valorizar nuestro pasado, con el fin de ir definiendo opciones para el futuro, debo mencionar ese importante trabajo de reflexión ejecutado hace exactamente diez años sobre la política cultural del Ecuador. Sus resultados, publicados en la revista SARANCE de noviembre de 1977, contienen un invaluable conjunto de posiciones y recomendaciones sobre lo que el país debería hacer para definir su política cultural.

Algunos de los expositores de entonces han tenido ya la oportunidad de poner en práctica lo que preconizaron. Tal parece que el ejercicio de la función pública genera a veces ciertos mecanismos de amnesia, pues de entonces acá prácticamente la situación no ha variado.

De allí que se hace indispensable ir creando las condiciones para que una toma de conciencia colectiva facilite dichos cambios. Esto nos obliga a mencionar el tema de la educación, cuyo rol tiene que ser determinante para suscitar una nueva visión de nosotros mismos. Saber quienes somos, donde estamos y hacia donde nos dirigimos debe ser una de las tareas de todo sistema educativo.

De allí que sería algo absolutamente indispensable la vinculación estrecha de instituciones como el Instituto Otavaleño de Antropología con el sistema educativo ecuatoriano, que debe recibir el aporte de la investigación nacional y estimularla, a fin de superar errores del pasado que aún quedan resagados en los contenidos educativos.

Es en esa perspectiva que saludo este nuevo aniversario del Instituto Otavaleño de Antropología y auguro que su trabajo continúe adelante para beneficio de la cultura nacional.

**Juan Freile Granizo**

### **COMO SIENTO A OTAVALO**

Ya van a ser diez años,  
cuando en estas mismas circunstancias  
alegrísimas,  
charlando de Otavalo,  
conversando de Bolívar,  
decía,  
en homenaje humilde y compañero,  
que se acepte mi voz,  
sencillamente.  
Como aquella de un otavaleño de  
corazón  
venido en adopción desde Riobamba:  
ahora,  
después de una larga espera de cuatro  
años,  
en diáspora de sueños y actividades,  
y perdón si mi charla solo es eso